

# EL ROMANO PONTIFICE

Cristo Señor estableció en la tierra su Iglesia Santa como *signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano*<sup>1</sup>; y para conservar unido a ese Pueblo que había adquirido con su Sangre, quiso poner *a la cabeza de la Iglesia un jefe supremo, a quien toda la multitud de los cristianos permaneciera sometida y obediente*<sup>2</sup>. El mismo la presidió mientras vivía en la tierra; y después de ascender a la gloria, aunque *desde lo alto del cielo, eterna e invisiblemente continúa protegiendo y dirigiendo su Reino, como ha querido que este Reino fuera visible, ha debido designar a alguien que ocupe su lugar en la tierra*<sup>3</sup>.

## EL PRIMADO DE PEDRO

Desde las primeras páginas del Evangelio aparece claramente dibujada la intención divina de establecer un Primado en la Iglesia. San Juan narra que Jesús, nada más encontrar a Simón Pedro, *fijos los ojos en él, le dijo: Tú eres Simón, hijo de Juan. Tú serás llamado Cefas, que quiere decir piedra*<sup>4</sup>. Era el primer anuncio del Primado, que corroboraría meses después, en el camino de Cesarea. A impulsos del Espíritu Santo, la gracia divina había arrancado de Pedro una confesión diáfana de la divinidad de Cristo: *Tú eres el*

(1) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 1; (2) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (3) *ibid.*; (4) *Ioann.* I, 42;

Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y Jesús respondiendo, le dijo: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te ha revelado eso la carne ni la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo que tú eres Pedro (Cefas), y que sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y a ti te daré la llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares sobre la tierra, será también atado en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos<sup>5</sup>. Bajo el velo de una triple metáfora, el Señor prometió a Pedro, con estas palabras, la suprema autoridad sobre la Iglesia: Simón estaba destinado a ser —como su nuevo nombre de Cefas, roca, lo indicaba—, la piedra que sostenría el edificio de la Iglesia. ¿Qué trataba de decir Jesús con esta palabra?... ¿Qué significa este cambio de nombre?... Cristo se refería a la firmeza, a la estabilidad, a la perennidad... que la fe de Simón Pedro debería tener; y esto no sólo en relación con el destino personal del mismo Simón Pedro, sino en relación también con toda la Iglesia, que, como añadió Jesús, quería construir sobre aquella piedra. Por eso, la situación de Pedro en la Iglesia es la de roca sobre la que está construido un edificio<sup>6</sup>: cayeron las lluvias y los ríos salieron de madre, y soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra la casa, pero no fue destruida porque estaba edificada sobre la roca<sup>7</sup>.

La promesa hecha a Pedro fue cumplida cuando Jesucristo nuestro Señor, después de su resurrección, habiendo preguntado por tres veces a Pedro si le amaba más que los otros, le dijo en tono imperativo: «apacienta mis corderos... apacienta mis ovejas»<sup>8-9</sup>. Así fue Pedro proclamado por Cristo su continuador, su vicario en esa misión pastoral que el mismo Jesús indicó como su misión más característica y preferida: «Yo soy el Buen Pastor»<sup>10</sup>. El Primado de Pedro en la conducción y al servicio del pueblo cristiano iba a ser, pues, un Primado pastoral, un Primado de amor. En el amor ya inextinguible de Pedro a Jesús, tendrían sus cimientos la naturaleza y la fuerza de la función pastoral del Primado apostólico<sup>11</sup>.

La Iglesia, desde el comienzo, aceptó como querido por Dios este Primado. El Príncipe de los Apóstoles es siempre nombrado en

(5) *Matth.* XVI, 16-19; (6) Paulo VI, *alloc.* 24-XI-1965; cfr. León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (7) *Matth.* VII, 25; (8) *Ioann.* XXI, 16 y 17; (9) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; cfr. Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 1; (10) *Ioann.* X, 11; (11) Paulo VI, *alloc.* 29-III-1967;



primer lugar<sup>12</sup> y hace frecuente uso de una especial autoridad ante los demás: propone la elección de un nuevo Apóstol que ocupe el lugar de Judas<sup>13</sup>, toma la palabra en Pentecostés y convierte a los primeros cristianos<sup>14</sup>, responde ante el Sanedrín en nombre de todos<sup>15</sup>, castiga con plena autoridad a Ananías y Safira<sup>16</sup>, admite en la Iglesia a Cornelio, el primer gentil<sup>17</sup>, preside el Concilio de Jerusalén y rechaza las pretensiones de los judaizantes sobre la circuncisión, reafirmando el principio de que la salvación sólo se obtiene en Jesucristo<sup>18</sup>. *A esta doctrina tan manifiesta de las Sagradas Escrituras, como ha sido siempre entendida por la Iglesia Católica, se oponen abiertamente las torcidas sentencias de quienes, trastornando la forma de régimen instituida por Cristo Señor en su Iglesia, niegan que sólo Pedro fuese investido por Cristo de un Primado de jurisdicción verdadero y propio, sobre los demás Apóstoles... Del mismo modo se oponen los que afirman que ese Primado no fue otorgado inmediata y directamente al bienaventurado Pedro, sino a la Iglesia, y por medio de ésta a él, como ministro suyo<sup>19</sup>.* Esta doctrina fue expresada de diversos modos por el Magisterio a lo largo de los siglos. La Iglesia afirma que sólo Pedro es el Príncipe de los Apóstoles, a quien todos estuvieron sujetos<sup>20</sup>; único Vicario de Jesucristo en la tierra<sup>21</sup>, roca sobre la que Dios quiso edificar la Iglesia<sup>22</sup>, Cabeza y principio de unidad<sup>23</sup>, fuente de quien procede el episcopado mismo y toda autoridad de este nombre<sup>24</sup>. Prerrogativas del Apóstol Simón Pedro que el Concilio Vaticano I formuló y propuso solemnemente como verdad revelada: *si alguno dijere que el bienaventurado Pedro Apóstol no fue constituido por Cristo Señor como príncipe de todos los Apóstoles y cabeza visible de toda la Iglesia militante, o que recibió directa o inmediatamente del mismo Señor nuestro Jesu-*

(12) cfr. *Matth.* X, 2 y ss.; *Act.* I, 13; (13) cfr. *Act.* I, 15-22; (14) cfr. *Act.* II, 14-36; (15) cfr. *Act.* IV, 8 y ss.; (16) cfr. *Act.* V, 1 y ss.; (17) cfr. *Act.* X, 1 y ss.; (18) cfr. *Act.* XV, 7-10; (19) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 1; cfr. San Gelasio I, decretal *De recipiendis*, año 495; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe* de Miguel Paleólogo, año 1274; Clemente VI, carta *Super quibusdam*, 29-IX-1351; (20) cfr. San León IX, carta *In terra pax*, 2-IX-1053; Juan XXII, const. *Licet iuxta doctrinam*, 23-X-1327, n. 2; Clemente VI, carta *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, 6-VII-1439; San Pío X, carta *Ex quo*, 26-XII-1910; (21) cfr. Bonifacio VIII, bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; Concilio de Constanza, bula *Inter cunctas*, 22-II-1418; (22) cfr. Pelagio II, carta *Quod ad dilectionem*, año 585; San León IX, carta *In terra pax*, 2-IX-1053; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, proem.; León XIII, carta *Testem benevolentiae*, 22-I-1899; San Pío X, motu proprio *Sacrorum Antistitum*, 1-IX-1910; (23) Pelagio II, carta *Dilectionis vestrae*, año 585 cfr. Concilio de Constanza, bulas *Inter cunctas* e *In eminentis*, 22-II-1418; Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, proem.; León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (24) San Inocencio I, carta *Inquirendis*, 27-I-417;



*cristo solamente un primado de honor, pero no de verdadera y propia jurisdicción, sea anatema*<sup>25</sup>.

#### EL ROMANO PONTÍFICE, SUCESOR DE SAN PEDRO

El Apóstol Pedro, como todos los hombres, habría de morir; Jesús mismo le anunció el modo al conferirle el Primado sobre toda la Iglesia: *cuando eras joven, tú mismo te ceñías el vestido e ibas adonde querías; pero cuando seas viejo, otro te ceñirá y te llevará adonde no querías ir. Esto lo dijo* —comenta San Juan— *para indicar con qué género de muerte habría de glorificar a Dios*<sup>26</sup>. Sin embargo, su oficio de pastor supremo, instituido por Cristo, es preciso que dure eternamente por obra del Señor para perpetua salud y bien perenne de la Iglesia, que —fundada sobre la piedra— debe permanecer firme hasta la consumación de los siglos<sup>27</sup>. Para que las palabras de Cristo fuesen verdaderas, el Príncipe de los Apóstoles habría de tener sucesores que ejercieran hasta el fin de los tiempos —en su nombre y con su autoridad— el supremo ministerio eclesiástico. Lo afirmaba ya en el año 431, como doctrina bien sabida, el Legado papal en el Concilio de Efeso, con la aprobación de todos los asistentes a la magna asamblea: *nadie pone en duda, antes bien, para todos es notorio, que el santo y beatísimo Pedro, príncipe y cabeza de los Apóstoles, columna de la fe y fundamento de la Iglesia Católica, recibió las llaves del Reino de manos de Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Redentor del género humano; y que, hasta el tiempo presente y siempre, sigue viviendo y preside y ejerce el juicio en sus sucesores*<sup>28</sup>. La Tradición unánime de la Iglesia afirma que esta sucesión sólo se encuentra en los obispos de la santa Sede Romana, por él fundada y por su sangre consagrada, de modo que quienquiera sea el que sucede a Pedro en esta cátedra, ése, según la institución de Cristo mismo, obtiene el primado de Pedro sobre la Iglesia universal<sup>29</sup>. Esta fue siempre la Fe Católica, manifestada en múltiples ocasiones durante la historia de la Iglesia. En el Concilio de Calcedonia, del año 451, los obispos de Oriente acogieron unánimes

(25) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, can. 1; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 22; decr. *Unitatis redintegratio*, n. 2; (26) *Ioann.* XXI, 18 y 19; (27) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 2; cfr. Bonifacio VIII, bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; León X, bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 26; (28) Concilio de Efeso, *Discurso de Felipe*, Legado del Romano Pontífice, sess. III, año 431; cfr. Pío XI, enc. *Lux veritatis*, 25-XII-1931; (9) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 2;



la exposición dogmática del Papa San León I sobre las dos naturalezas de Cristo, reconociendo que el Apóstol Pedro hablaba por su boca; lo mismo ocurrió en el Concilio III de Constantinopla del año 681, al intervenir el Papa Agatón para exponer la doctrina recta contra el monotelismo. Y en el IV Concilio Ecuménico celebrado en aquella ciudad, los Padres de Oriente y Occidente confesaron por unanimidad, con las mismas palabras que tres siglos antes empleara el Papa Hormisdas<sup>30</sup>, que la Sede Apostólica había conservado incólume el depósito de la revelación, y afirmaron su voluntad de permanecer en comunión con ella. Más tarde los Concilios II de Lyon, Florentino y Vaticano I expusieron solemnemente esta verdad: *todos los fieles de Cristo deben creer que «la Santa Sede Apostólica y el Romano Pontífice poseen el primado sobre todo el orbe, y que el mismo Romano Pontífice es sucesor del bienaventurado Pedro, príncipe de los Apóstoles y verdadero vicario de Jesucristo y cabeza de toda la Iglesia, y padre y maestro de todos los cristianos; y que a él le fue entregado por Nuestro Señor Jesucristo, en la persona del bienaventurado Pedro, plena potestad de apacentar, regir y gobernar a la Iglesia universal, tal como incluso en las actas de los Concilios Ecuménicos y en los sagrados Cánones se contiene»*<sup>31</sup>. Por esta razón, *nuestro más grande amor, nuestra mayor estima, nuestra más honda veneración, nuestra obediencia más rendida, nuestro mayor afecto ha de ser también para el Vice-Dios en la tierra, para el Papa. Pensad siempre que después de Dios y de nuestra Madre la Virgen Santísima, en la jerarquía del amor y de la autoridad, viene el Papa. Por eso, muchas veces digo: gracias, Dios mío, por el amor al Papa que has puesto en mi corazón*<sup>32</sup>.

Frente a los errores de quienes negaron la institución divina del Primado romano, la Fe Católica enseña que éste no fue introducido por circunstancias meramente políticas<sup>33</sup>, ni derivó su autoridad de los Concilios o del consentimiento de la Iglesia<sup>34</sup>, sino que Cristo mismo se lo otorgó. Así lo entendió la Iglesia de Roma que, consciente de su supremacía sobre las demás sedes episcopales, la

(30) cfr. San Hormisdas Papa, *Memorial de profesión de fe*, 2-IV-517; (31) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; cfr. Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, año 1274; Concilio de Florencia, bula *Laetentur coeli*, 6-VII-1439; (32) Carta *Res omnes*, 9-I-1932, n. 20; (33) cfr. Concilio de Constanza, bula *Inter cunctas*, 22-II-1418; San Pío X, decr. *Lamentabili*, 3-VII-1907, n. 56; (34) cfr. San Nicolás I, carta *Proposueramus quidem*, año 865; San Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794, n. 3;



ejercitó desde el principio en innumerables ocasiones<sup>35</sup>. Enseñamos, por tanto, y declaramos —afirma el primer Concilio Vaticano—, que la Iglesia Romana, por disposición del Señor, posee el principado de potestad ordinaria sobre todas las otras, y que esta potestad de jurisdicción del Romano Pontífice, que es verdaderamente episcopal, es inmediata. A esta potestad están obligados por el deber de subordinación jerárquica y de verdadera obediencia los pastores y fieles de cualquier rito y dignidad, ya cada uno por separado, ya todos juntos, no sólo en las materias que atañen a la fe y a las costumbres, sino también en lo que pertenece al régimen y disciplina de la Iglesia difundida por todo el orbe; de suerte que, guardada con el Romano Pontífice esta unidad tanto de comunión como de profesión de la misma fe, la Iglesia de Cristo sea un solo rebaño bajo un solo pastor supremo. Tal es la doctrina de la verdad católica, de la que nadie puede desviarse sin menoscabo de su fe y de su salvación<sup>36</sup>.

La potestad del Romano Pontífice se extiende sobre los Concilios y los Patriarcas<sup>37</sup>, sobre los obispos tanto individualmente como agrupados en el Colegio Episcopal, del que el Sucesor de Pedro es la Cabeza<sup>38</sup>, y sobre todos los bautizados. *No os canséis de predicar, hijas e hijos míos* —insiste el Padre—, *el amor y la obediencia rendida al Santo Padre. Aunque su figura no hubiera sido instituida por Jesucristo, la cabeza me dice que es precisa una autoridad central fuerte —la Santa Sede—, para llevar a razón a quienes no logren ponerse de acuerdo, dentro de la Iglesia, y disparatan. Pero es que, además, por encima y antes de esos motivos lógicos, está la*

(35) cfr. San Clemente I, *Epistula ad Corinthios*, año 96; San Julio I, *Carta a los antioqueños*, año 341; Concilio de Sárdica, año 344; San Siricio, carta *Directa ad decessorem*, 10-II-385; San Inocencio I, carta *In requirendis*, 27-I-417; San Zósimo, carta *Quamvis Patrum traditio*, 21-III-418; San Bonifacio I, carta *Manet beatum*, 11-III-422; San Gelasio I, decretal *De recipiendis*, año 495; Pelagio I, carta *Adeone te*, año 560; Pelagio II, carta *Dilectionis vestrae*, año 585; Adriano I, carta *Pastoralibus curis*, año 785; San Nicolás I, Concilio Romano del año 860; San León IX, carta *In terra pax*, 2-IX-1053; Concilio IV de Letrán, año 1215, cap. 5; Bonifacio VIII, bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; Juan XXII, const. *Gloriosam Ecclesiam*, 26-I-1318; Clemente VI, carta *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Concilio de Constanza, bula *Inter cunctas*, 2-II-1418; Concilio V de Letrán, bula *Pastor aeternus*, 19-XII-1516; León X, bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 25; San Pío V, bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564; Alejandro VIII, Decreto del Santo Oficio 7-XII-1690, n. 29; const. *Inter multiplices*, 4-VIII-1690, n. 1 y 2; Benedicto XIV, const. *Nuper ad nos*, 16-III-1743; Pío VI, breve *Super soliditate*, 28-XI-1786, etc.; (36) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; (37) cfr. Concilio I de Nicea, can. 6, año 325; Concilio I de Constantinopla, año 381, can. 3; Concilio IV de Constantinopla, año 870, can. 17; Concilio Vaticano II, decreto *Orientalium Ecclesiarum*, n. 7; (38) cfr. León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 22;



*voluntad de Dios, que quiere en la tierra un Vicario, y le asiste infaliblemente con su Espíritu*<sup>39</sup>.

#### PODER DE MAGISTERIO

Junto al Sumo Pontificado, dos funciones más comprende el oficio del Primado: supremo magisterio y gobierno supremo de la Iglesia, entregadas personalmente por Jesucristo a Pedro.

En el camino de Cesarea, el Señor había prometido edificar la Iglesia sobre Simón y hacerla de este modo indestructible; pero, siendo necesario que todos los cristianos estén unidos entre sí por la comunidad de una fe inmutable, Nuestro Señor Jesucristo, por la virtud de sus oraciones, obtuvo para Pedro que en el ejercicio de su poder jamás desfalleciera su fe<sup>40</sup>. Y así, durante la última Cena, previendo Jesús la flaqueza de sus discípulos de entonces y de siempre, prometió a Pedro —y en él a sus sucesores— la indefectibilidad en materia de fe, con el encargo expreso de ser Maestro y apoyo de todos los demás: Simón, Simón —le dijo—, mira que Satanás va tras de vosotros para zarandearos como al trigo; mas yo he rogado por ti a fin de que tu fe no perezca; y tú, cuando te conviertas, confirma a tus hermanos<sup>41</sup>. En virtud de esta promesa divina, el Romano Pontífice goza del privilegio de la infalibilidad cuando habla *ex cathedra*, es decir, cuando cumpliendo su cargo de pastor y doctor de todos los cristianos, define por su suprema autoridad apostólica que una doctrina sobre la fe y las costumbres debe ser sostenida por la Iglesia universal<sup>42</sup>. Deber de todos los fieles es aceptar esa doctrina en toda su pureza, integridad y auténtico sentido, pues de otro modo no sería un tesoro de verdades divinas, sino algo humano, que ni salva ni redime; una sal, que se habría vuelto insípida. A esa catástrofe —ha escrito el Padre— llevaría la locura de ceder en los principios, el ansia de disminuir diferencias doctrinales, las concesiones en lo que pertenece al depósito intangible, que Jesús entregó a su Iglesia<sup>43</sup>.

El asentimiento debido al Magisterio del Romano Pontífice no se limita a las verdades solemnemente definidas *ex cathedra*, sino que se extiende a todos los actos de su magisterio ordinario. No pue-

(39) Carta *Legitima hominum*, 31-V-1943, n. 20; (40) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (41) *Luc.* XXII, 31 y 32; (42) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 4; cfr. Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 25; (43) Carta *Vos autem*, 16-VII-1933, n. 7;



de afirmarse que las enseñanzas de las encíclicas no exijan de suyo el asentimiento, con el pretexto de que los Romanos Pontífices no ejercen en ellas la suprema potestad de su Magisterio, pues son enseñanzas del Magisterio ordinario para el cual valen también aquellas palabras: «el que a vosotros oye, a Mí me oye» <sup>44-45</sup>. El Padre nos ha inculcado siempre esta disposición filial de obediencia al Romano Pontífice: *en todo aceptamos cuanto la Iglesia acepta: en la fe, en la disciplina, en las costumbres. Y rechazamos cuanto la Iglesia rechaza, sin limitación alguna* <sup>46</sup>. Por eso, aunque cada católico es muy libre de formar su criterio personal en las materias dejadas a la libre discusión de los teólogos, cuando el Santo Padre expresa su voluntad en un punto determinado, debe acogerse su palabra con respeto y adhesión, interna y externa. *En lo que se refiere a la teología* —ha escrito nuestro Padre—, *aceptamos todo lo que la Iglesia propone como de fe. Y con la misma sumisión estamos dispuestos a aceptar todo lo que dispongan los Romanos Pontífices, aunque no entiendan esta fidelidad nuestra los que desconocen o menosprecian el Magisterio de la Iglesia. Hay, en efecto, algunos puntos de doctrina que, aunque no hayan sido solemnemente definidos por la Iglesia, han sido determinados por el Magisterio ordinario de los Romanos Pontífices. Por lo que ya no es lícito opinar libremente sobre esas materias: más aun, sería temerario no querer aceptarlas, como afirma el Santo Padre Pío XII: es verdad que los Romanos Pontífices, en general, conceden libertad a los teólogos en las cuestiones disputadas —en distintos sentidos— entre los más acreditados doctores; pero la historia enseña que muchas cuestiones, que durante algún tiempo fueron objeto de libre discusión, dejaron después de ser opinables... Y si los Sumos Pontífices en su Magisterio pronuncian una sentencia en argumentos hasta entonces controvertidos, es evidente que, según la intención y voluntad de los mismos Pontífices, esas cuestiones ya no se pueden considerar como de libre discusión entre los teólogos (Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; *AAS* 42 (1950) p. 568) <sup>47</sup>.*

#### PODER DE JURISDICCIÓN

Las palabras de Cristo a Pedro en el camino de Cesarea, junto

(44) *Luc.* X, 16; (45) Pío XII, enc. *Humani generis*, 12-VIII-1950; (46) *Instrucción*, mayo-1935, 14-IX-1950, n. 84; (47) Carta *Hac nostra aetate*, 9-I-1951, n. 21;



a la promesa de constituirle en roca firme de la Iglesia, contienen también la promesa de investirle con la suprema autoridad. Nadie ignora que las llaves son la insignia ordinaria de la autoridad. Y así, cuando Jesús promete dar a Pedro las llaves del reino de los cielos, promete darle el poder y autoridad de la Iglesia... Lo que sigue tiene también el mismo sentido: «todo lo que atares en la tierra, será también atado en los cielos; y lo que desatares sobre la tierra, será desatado en el cielo». Esta expresión figurada —atar y desatar— designa el poder de establecer leyes y el de juzgar y castigar. Jesucristo afirma que ese poder tendrá tanta extensión y tal eficacia, que todos los decretos dados por Pedro serán ratificados por Dios. Este poder es, pues, soberano e independiente, porque no hay sobre la tierra otro poder superior al suyo, que alcance a toda la Iglesia y a todo lo que ella tiene confiado<sup>48</sup>. En virtud de esta potestad, el Romano Pontífice dispone del tesoro espiritual de la Iglesia, ganado por los méritos de Jesucristo, de la Virgen Santísima y de los Santos<sup>49</sup>; convoca, preside y disuelve los Concilios Ecuménicos<sup>50</sup>; instituye, traslada y depone a los obispos por justas causas<sup>51</sup>, sin perjudicar su propia capacidad episcopal, recibida inmediatamente de Dios en su consagración: la consagración episcopal —enseña el Concilio Vaticano II—, junto con el oficio de santificar, confiere también los oficios de enseñar y de regir, los cuales, sin embargo, por su misma naturaleza, no pueden ejercerse sino en comunión jerárquica con la Cabeza y los miembros del Cuerpo<sup>52</sup>. Para que los obispos puedan ejercer su ministerio de Maestros y Pastores, necesitan una misión canónica que puede hacerse por las legítimas costumbres que no hayan sido revocadas por la potestad suprema y universal de la Iglesia, o por las leyes dictadas o reconocidas por su autoridad, o directamente por el mismo sucesor de Pedro; y si éste se opusiera o le negara la comunión apostólica, ningún obispo puede ser elevado a tal oficio<sup>53</sup>.

(48) León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (49) cfr. Clemente VI, bula *Unigenitus Dei Filius*, 25-I-1343; Sixto IV, bula *Romani Pontificis*, 3-VIII-1476; León X, bula *Cum postquam*, 9-XI-1518; Paulo VI, const. apost. *Sacrarum indulgentiarum cognitio*, 1-I-1967; (50) cfr. Concilio II de Lyon, *Profesión de fe de Miguel Paleólogo*, año 1274; Pío II, bula *Exsecrabilis*, 18-I-1460; Concilio V de Letrán, bula *Pastor aeternus*, 19-XII-1516; León X, bula *Exsurge Domine*, 15-VI-1520, n. 28; Alejandro VIII, Decreto del Santo Oficio contra errores jansenistas, 7-XII-1690, n. 29; const. *Inter multiplices*, 4-VIII-1690; Pío VI, const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794; (51) cfr. Concilio de Sárdica, año 343; Concilio de Calcedonia, carta *Repletum est gaudio*, al Papa León, noviembre del 451; Clemente VI, *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Concilio de Trento, sess. XXIII, can. 8; Pío VI, breve *Super soliditate*, 28-XI-1786; const. *Auctorem Fidei*, 28-VIII-1794; Pío IX, *Syllabus*, 8-XII-1864, n. 50 52; León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; (52) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 21; cfr. decr. *Christus Dominus*, n. 8; (53) *ibid.*, n. 24;



En cuanto supremo legislador, sólo el Romano Pontífice puede establecer leyes generales<sup>54</sup>. El Papa es también juez supremo en la Iglesia universal, según recordaba el Papa Julio I ya en el siglo IV: ¿acaso ignoráis que ha sido costumbre escribirnos primero a Nos, y así determinar desde aquí lo justo?<sup>55</sup>. Su juicio es, además, inapelable, según enseña el Concilio Vaticano I recogiendo la tradición unánime de la Iglesia: enseñamos y declaramos que él es el juez supremo de los fieles y que, en todas las causas que pertenecen al fuero eclesiástico, puede recurrirse a su juicio; en cambio, el juicio de la Sede Apostólica, sobre la que no existe autoridad mayor, no puede volverse a discutir por nadie, ni a nadie es lícito juzgar su veredicto<sup>56</sup>. El Romano Pontífice, en definitiva, sólo por Dios puede ser juzgado<sup>57</sup>.

Ordinariamente las decisiones judiciales de la Iglesia —tanto en el fuero sacramental como extrasacramental— son ejercidas por los obispos investidos de la legítima misión canónica y en comunión con la Santa Sede. Sin embargo, los Pontífices Máximos, de acuerdo con la suprema potestad que les ha sido confiada en la Iglesia universal, pueden con razón reservar a su juicio particular algunas causas de crímenes más graves... Esta reserva de pecados no sólo tiene fuerza en el fuero externo, sino también delante de Dios. No obstante, a fin de que nadie perezca por esta ocasión, siempre se observó en la Iglesia de Dios la norma de que ninguna reserva exista en artículo de muerte, y por tanto, en estas circunstancias, todos los sacerdotes pueden absolver a cualesquiera penitentes de cualesquiera pecados y censuras<sup>58</sup>.

#### FIDELIDAD AL ROMANO PONTÍFICE

*Estad muy cerca del Pontífice Romano, il dolce Cristo in terra: seguid al día sus enseñanzas, meditadlas en vuestra oración, defendedlas con vuestra palabra y vuestra pluma*<sup>59</sup>. El Padre pide a

(54) Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; cfr. Concilio de Constanza, bula *Inter cunctas*, 22-II-1418; Juan XXII, const. *Vas electionis*, 21-VII-1321; (55) Julio I, Carta a los antioquenos, año 341; (56) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; cfr. San Bonifacio I, carta *Manet beatum*, 11-II-422; San Nicolás I, carta *Proposueramus quidem*, año 865; Concilio IV de Constantinopla, año 870; Concilio II de Lyon, *Profesión de fe* de Miguel Paleólogo, año 1274; Clemente VI const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Pío II, bula *Exsecrabilis*, 18-I-1460; Sixto IV, bula *Licet ea*, 9-VIII-1479, n. 7; Pío VI, breve *Super soliditate*, 28-XI-1786; (57) cfr. San Nicolás I, carta *Proposueramus quidem*, año 865; San León IX, carta *In terra pax*, 2-IX-1053; Bonifacio VIII, bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; (58) Concilio de Trento, sess. XIV, cap. 7; (59) Carta *Argentum electum*, 24-X-1965, n. 73;



todos sus hijos —de modo especial a los que se dedican profesionalmente a la teología y al derecho canónico— *que defiendan —de todo posible ataque— la autoridad del Romano Pontífice, que no puede estar condicionada más que por Dios; y que siempre, en sus trabajos de investigación, estén dispuestos a aceptar, desde el primer momento, con devoción, con prontitud y con alegría, lo que en adelante establezca la Iglesia cuando quiera definir alguna doctrina*<sup>60</sup>. Quizá sea hoy más necesaria que nunca esta adhesión filial y completa a la persona del Papa. *Hijos míos: desde que Jesucristo Señor Nuestro fundó la Iglesia, esta Madre nuestra ha estado en continua persecución. Quizá en otros tiempos las persecuciones se hacían abiertamente, y ahora se hacen muchas veces solapadamente; pero hoy como ayer se sigue combatiendo a la Iglesia. Vivimos unos tiempos de gran desconcierto para las almas. La voz de la confusión se levanta por todas partes, y con ella renacen todas las herejías que ha habido a lo largo de la historia. Una época muy parecida a la de Lutero. Hay, hijos míos, y es necesario que no lo olvidéis —nos advertía hace unos meses el Padre—, una propaganda infame contra la santidad del matrimonio, contra la santidad del sacerdocio, contra la castidad y la virginidad, contra la Madre de Dios y Madre nuestra, contra el Romano Pontífice, contra la Sagrada Eucaristía. En estas circunstancias, es más urgente que nunca la fidelidad al Santo Padre, que tiene en la tierra las llaves del reino de los cielos: abre, y ninguno cierra; cierra y ninguno abre*<sup>61</sup>. La doctrina de fe sobre el primado e infalibilidad del Romano Pontífice cobra así una importancia fundamental, decisiva, para el bien de toda la Iglesia.

#### CONSECUENCIAS DE ESTA DOCTRINA

En primer lugar, es raíz de la unidad de la Iglesia, su más firme baluarte. *El Romano Pontífice —afirma el segundo Concilio Vaticano—, como sucesor de Pedro, es el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de la multitud de los fieles*<sup>62</sup>. Apar-

(60) Carta *In Opere Dei*, 14-II-1964, n. 12; (61) *Apoc.* III, 7; (62) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 23; cfr. Pío IX, Carta del Santo Oficio a los obispos de Inglaterra, 16-IX-1864; León XIII, enc. *Satis cognitum*, 29-VI-1896; carta *Testem benevolentiae*, 22-I-1899;



tarse conscientemente de la Sede Romana es por ello apartarse de Jesucristo, con todas sus consecuencias. *¿No veis que los que se separan de la Iglesia, a veces estando entonces cargados de fruto, no tardan en secarse y sus mismos frutos se convierten en gusanera viviente? Amad a la Iglesia Santa, Apostólica, Romana, ¡Una!*<sup>63</sup>, porque todos aquellos que, habiendo recibido la fe católica en el bautismo, se apartaron posteriormente... de la comunión con la Iglesia Romana, que es la única Católica, si perseveran pertinazmente separados de la fe de la misma Iglesia Romana, son cismáticos y herejes<sup>64</sup>. Nadie podrá alcanzar la salvación final fuera de la fe de esta Iglesia y de la obediencia a los Romanos Pontífices<sup>65</sup>.

Una consecuencia más de la doctrina sobre el Primado es el derecho del Romano Pontífice a comunicarse libremente en el ejercicio de su cargo con los pastores y rebaños de toda la Iglesia, a fin de que pueda enseñarlos y conducirlos por el camino de la salvación. Por eso, condenamos y reprobamos las sentencias de quienes dicen que esta comunicación puede ser lícitamente impedida, o la someten al poder civil, pretendiendo que cuanto la Sede Apostólica, por sí misma o por su autoridad, determina para el régimen de la Iglesia, no tiene fuerza ni valor, si no es confirmado por el placet del poder civil<sup>66</sup>.

La Fe Católica en el primado e infalibilidad del Romano Pontífice, tan claramente afirmada por la Sagrada Escritura, tan ardentemente defendida por la Iglesia a lo largo de veinte siglos y solemnemente expresada en fórmulas dogmáticas por el primer Concilio Vaticano, ha sido reafirmada una vez más en el último Concilio Ecuménico: *esta doctrina sobre la institución, perpetuidad, poder y razón de ser del sacro primado del Romano Pontífice y de su magisterio infalible, el santo Concilio la propone nuevamente a todos los fieles como objeto de fe inconvencible*<sup>67</sup>. Sobre ella descansa el edificio de la Iglesia entera, contra el que nada pueden las fuerzas del demonio y de la muerte. A veces puede reinar confusión en algunos

(63) Carta *Sicut antea*, 31-V-1954, n. 29; (64) Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; (65) *ibid.*; cfr. San Clemente I, *Epistula ad Corinthios*, año 96; San Bonifacio I, carta *Manet beatum*, 11-III-422; Bonifacio VIII, bula *Unam Sanctam*, 18-XI-1302; Pío IV, bula *Iniunctum nobis*, 13-XI-1564; (66) Concilio Vaticano I, const. dogm. *Pastor aeternus*, cap. 3; cfr. Juan XXII, const. *Licet iuxta doctrinam*, 23-X-1327; Clemente VI, const. *Super quibusdam*, 29-IX-1351; Pío IX, *Syllabus*, 8-XII-1864, n. 49; alloc. *Luctuosus exagitati*, 12-III-1877; León XIII, enc. *Inmortale Dei*, 1-XI-1885; Paulo VI, Discurso a la Asamblea General de las Naciones Unidas, 4-X-1965; (67) Concilio Vaticano II, const. dogm. *Lumen gentium*, n. 18; cfr. decr. *Unitatis redintegratio*, n. 2; decr. *Orientalium Ecclesiarum*, n. 3; decr. *Christus Dominus*, n. 2;



ambientes, pero esto no nos debe poner tristes, *sino que nos debe animar a ser cada día más fieles, para ser más eficaces; a amar cada vez más a la Iglesia y a su Cabeza visible. Ubi Petrus, ibi Ecclesia, ibi Deus. Queremos estar con Pedro, porque con él está la Iglesia, con él está Dios; y sin él no está Dios. Por eso yo he querido romanizar la Obra. Amad mucho al Padre Santo. Rezad mucho por el Papa. Queredlo mucho, ¡queredlo mucho! Porque necesita de todo el cariño de sus hijos. Y esto lo entiendo muy bien: lo sé por experiencia, porque no soy como una pared, soy un hombre de carne. Por eso me gusta que el Papa sepa que le queremos, que le querremos siempre, y eso por una única razón: que es el dulce Cristo en la tierra.*

*Cuando vosotros seáis viejos, y yo haya rendido cuentas a Dios, vosotros diréis a vuestros hermanos cómo el Padre amaba al Papa con toda su alma, con todas sus fuerzas.*